

# El efecto zopilote

Ricardo Ancira

*A la manera de Cándido, el personaje de Voltaire que estimaba vivir en el mejor de los mundos posibles, Inocencio Cruz exhibe una convicción plena de que, sin importar la cantidad de adversidades y desastres que le salgan al paso, todo en el mundo responde a un patrón fijado por las fuerzas del bien. Su talante se pone a prueba cuando conoce a una mujer de paradójico nombre: Amparo Buendía.*

Inocencio Cruz iba por la vida cargando su apellido, y también a la patria, como quien se dirige al calvario. Por lo mismo, cayó varias veces pero supo levantarse, todo espinado. Sólo para volver a caer.

Como su casi tocayo concebido por Voltaire, Inocencio estaba convencido de vivir en el mejor país posible. No había 15 de septiembre que no fuera a empararse al Zócalo, principalmente de lluvia, evitando *in extremis* otras agresiones de los borrachos, con tal de celebrar a pleno pulmón la independencia nacional. La proclamaba desde un balcón, también a grito pelado, aunque con micrófono, el presidente en turno, mientras se hacía bolas con un asta y un badajo históricos. Los técnicos que transmitían en vivo tan nacionalista acto sudaban la gota gorda para que los telespectadores no vieran —y sobre todo no oyeran— las mentadas de madre y los gestos obscenos que hermanaban, por única vez, al pueblo ahí reunido. En muestra de su desacuerdo con la actitud de sus conciudadanos, Inocencio sólo se cruzaba de brazos.

Nuestro amigo le iba a un equipo que había sido campeón por última vez 78 años atrás; no obstante, él lo apoyaba incondicionalmente cada fin de semana a tal grado que siempre lo marcaba vencedor en la quiniela

de pronósticos deportivos, lo que reducía considerablemente sus posibilidades de volverse millonario. Igual pasión sentía por la selección nacional, que cada cuatro años volvía a hacer brillar momentáneamente un rayito de esperanza. Los empleados de la compañía de luz también eran aficionados al fútbol, razón por la cual tardaron en reparar un transformador fundido desde los dieciseisavos hasta la final del mundial, dejando varias manzanas sin energía eléctrica. Inocencio puso al mal tiempo buena cara y se regocijó de poder pasar algunos días experimentando las condiciones de vida de sus bisabuelos. También aprendió a hacer sombras chinas con una vela y resistió estoico diciéndose que ese bimestre el monto de su recibo sería inferior a los habituales, lo cual no ocurrió.

Cuando se decretó que la basura debía separarse, Chencho —como lo apodaban a sus espaldas sus vecinos y los del trabajo— sintió que por fin vivía en el primer mundo y de inmediato adquirió cinco botes de diferentes colores. Con cierto misticismo colocaba los restos de comida en el verde, las latas en el gris, etcétera. Le molestaba que los de la basura revolvieran en el camión el contenido de todos los contenedores. Los amonestaba cortésmente y los sensibilizaba acerca de los beneficios que tal medida traería al medio ambiente no sólo del país

sino del planeta. Ellos asentían guiñándose los ojos, aceptaban la propina y volvían a recostarse en aquella cama de desechos [escribir *lecho* habría sonado cacofónico].

En los momentos en que ocurría una calamidad, adicional a las provocadas por la gestión gubernamental, nuestro héroe era el primero en acudir con pico y pala —si se trataba de un terremoto—, con una lancha en caso de inundaciones y blandiendo su extinguidor en los incendios. En casi todas las ocasiones llevaba consigo bolsas de arroz y frijol, entre otros comestibles. Se esforzaba de sol a sol, casi no comía ni dormía. Su misión era rescatar a los rescatables y enterrar a los demás, además de cuidar que otros rescatistas no le fueran a robar las botas ni su herramienta.

Un día, Inocencio constató que la manecilla de su medidor de agua casi no se movía. Como buen ciudadano acudió a reportarlo a la oficina correspondiente, donde, achacándole manipulación, le hicieron pagar una fuerte cantidad para que los plomeros fueran a revisar la instalación. Tres semanas después llegaron y decretaron que habían sido violados los sellos, lo que ameritaba una multa así como solicitar, previo pago, la instalación de un nuevo dispositivo y una “toma autorizada”, lo cual tomó quince días hábiles. Además de esos desembolsos, el señor Cruz tuvo que darles “para los refrescos” a los que vinieron a ponerla. Ellos mismos le enseñaron cómo burlar la medición usando un imán, lo que dejó perplejo [señor corrector de estilo: dice perplejo] e indignado al buen hombre.

Cuando Inocencio hacía gala de su cortesía nada más atraía problemas. A veces sólo era una leperada de un automovilista por dejar cruzar a un peatón; en otras ocasiones la parte trasera de su auto sufría las consecuencias de su tozudez en respetar los semáforos. Cuando cedía su lugar en el Metro a un anciano o a una embarazada causaba escozor y sonrisas nerviosas entre la concurrencia que fingía dormir. Cada lunes iba al banco para cambiar algunos billetes por monedas. Así podría satisfacer a todos los mendigos, boteadores de todo tipo y vivales de ONG inexistentes. En la ciudad, la mitad de la población le pedía dinero a la otra mitad.

Inocencio ayudaba no sólo a quien se lo pedía sino también a cualquiera que lo necesitara. Se había vuelto padrino —así se decía en la jerga filantrópica— de un niño tzeltal a quien enviaba cien dólares al mes. A cambio, desde Chiapas recibía periódicamente cartitas con dibujos y fotografías que fijaba con imanes en el refrigerador para poder apreciarlos mientras tomaba su té y granola matinales. Quedó muy desconcertado cuando la organización le prohibió viajar a Chiapas para conocer en persona a su ahijado.

En un periodo de tres meses iba cada sábado a una localidad marginada para colaborar como voluntario en la pavimentación de una brecha. La financiaba un grupo

multinacional de misioneros. Los trabajos de asfalto concluían invariablemente con una especie de misa protestante. Él oraba para rogarle a la Virgen de Guadalupe que lo perdonara por apartarse momentáneamente de la liturgia católica. Todo era por amor al prójimo.

Nunca abandonó a su suerte a algún animal herido (criaturas del Señor, les llamaba), fuera perro, cucaracha, pájaro o ratón. Los recogía con delicadeza y en su casa los alimentaba y les curaba las heridas. Siguió haciéndolo a pesar de que una cruce de pitbull y pastor alemán por poco le arranca tres dedos de una dentellada. Las criaturas del Señor —se decía— no hacen más que defenderse de muchos inhumanos seres humanos.

Fue víctima de todos los engaños conocidos (en algunos incluso precursor), desde la novia rusa por Internet al supuesto heredero nigeriano, pasando por el billete de lotería ganador, el secuestro virtual o el primo detenido en la aduana. Creyó haber encontrado a su alma gemela en un *table dance* al que los de la oficina lo llevaron a rastras para festejar la despedida de soltero del administrador. Lo emborracharon a tal punto que acabó proponiéndole matrimonio a Yesenia, una rubia teñida, toda silicón, cuyo afecto parecía inflarse a medida que la billetera de Inocencio enflacaba. Al día siguiente volvió al antro para tratar de convencer a la chica de que dejara esa ocupación e inclusive le ofreció alternativas. Le prestó para que comenzara su propio negocio y la visitaba periódicamente, pasaba horas sin que le bailara pagándole infusiones cobradas como si fueran *single malt*. El resultado no podía ser peor: Yesenia amplió su menú de ofertas hasta que el pobre señor Cruz sólo alcanzaba a pagar el mínimo mensual de sus tarjetas. Pasó meses devanándose los sesos para tratar de dilucidar cuándo y cómo la había ofendido como para que la mujer tuviera un comportamiento tan extraño, al grado de ya no querer volverlo a ver.

Como a todos en la vida, tarde a este ciudadano de bien le llegó el amor verdadero, o más bien él le llegó a este [o como se diga], el caso es que conoció a Amparo Buendía, que no hacía honor a su nombre ni a su apellido, y que desde el principio trató de cambiar a nuestro amigo. Le enseñaba por lo menos una trampa al día, a veces dos, y se desesperaba de que su pretendiente no entendiera el enunciado que de hecho podría ser lema del país: “El que no transa no avanza”. Ella lo incitaba a incluir facturas falsas en su declaración de impuestos, que engañara a las personas cuando le pedían que les indicara el camino para llegar a algún lado, que falsificara estudios de MBA. Sin su consentimiento, la mujer mandó a hacer y enmarcar un diploma apócrifo que contaba, no obstante, con firmas y sellos creíbles de una institución de educación superior estadounidense.

Lo que le atraía de esa mujer era una causa semejante, aunque inversa: deseaba convertirla en una per-

sona honesta, hospitalaria, de palabra. Si ella tiraba en la calle un clínex o un mango chupado, él regresaba a recogerlo; cuando Amparo le mentía a alguien, Inocencio rephraseaba la oración para que tuviera un alto porcentaje de verdad. Era imposible conocer la edad de la —digamos— dama toda vez que tenía en su haber tres actas de nacimiento oficiales con igual número de fechas diferentes.

El protagonista de esta historia la conoció por accidente. Ella se había colado en la fila del súper lentamente, como distraída, mientras se terminaba una bolsita de nueces de la india y fingía hojear una revista del corazón. Él le hizo ver, comedidamente, que estaba delante de ella en la cola. La reacción de Amparo resultó agresiva. De pobre diablo, cuentachiles, no lo bajó. Él, sonrojado, acabó pidiendo perdón y, a manera de desagravio, le obsequió un paquete de salmón ahumado que acababa de adquirir. Ella, algo confundida, permitió que le llevara sus compras hasta el coche. Así empezó una amistad que paulatinamente se fue transformando en amor en el caso de Inocencio y abuso en el de su novia.

La mujerona era del montón, caderona con faja [aquí sí se consideró inevitable el verso sin esfuerzo], ropa pirata de marca, y una bolsa imitación piel. Todo en ella era común, pero sobre todo corriente. De niña había copiado en los exámenes, se robaba los sándwiches de sus compañeritos y los amenazaba para que le hicieran la tarea. Cuando era adolescente, robaba maquillajes en las tiendas departamentales; algunos de ellos para su uso personal, otros los comercializaba. Siempre que iba a

una fiesta, la hubieran invitado o no, desaparecían carteras y teléfonos móviles, incluso algún cenicerito de plata. Se tituló con honores como abogada tras contratar los servicios de un redactor “de todo tipo de tesis”, como rezaban los volantes promocionales pegados en postes cercanos a una autollamada universidad de reciente creación.

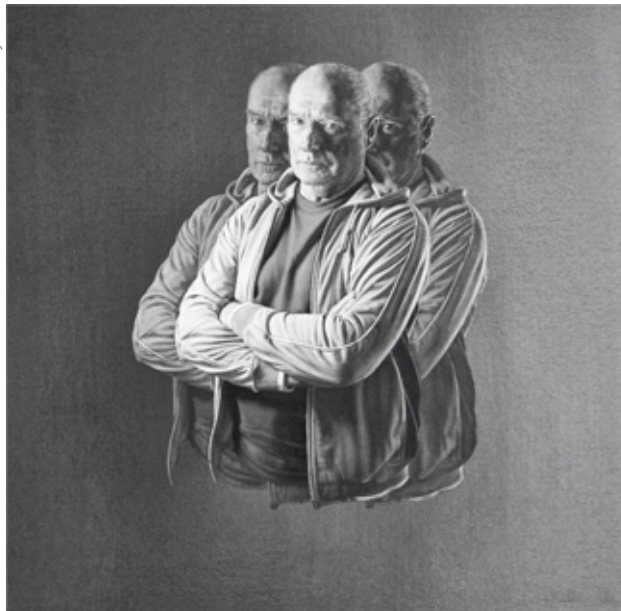
En los pocos años en que había ejercido su [valga la expresión] profesión defendió exitosamente a todo tipo de rufianes, no sin antes “lubricar la maquinaria”, como decía, la cual integraban jueces, ministerios públicos, “gestores”, tinterillos y mecanógrafas. Amparo también incursionó en el terreno inmobiliario. Sus especialidades eran el cambio de uso de suelo para que pudieran abrirse todo tipo de establecimientos y la obtención de permisos para construir rascacielos en zonas saturadas o fangosas. Amparo se daba asimismo tiempo para liderar, defender y amparar [estaba, pues, predestinada] agrupaciones de vendedores ambulantes, invasores de predios y cuidacoches.

Inocencio siempre ignoró que se comprometió y contrajo nupcias en pocas semanas pues su enamorada estaba embarazada de un tipo al que conoció en un chat de hackers que se secreteaban acerca del ingreso a cuentas bancarias en varios países. El fruto de esos amores [¿cuáles?] fue llamado Atila, personaje histórico cuyo nombre agradaba a la parturienta.

Tras conocer su trayectoria, un partido político se interesó en las cualidades probadas de la esposa de Inocencio, y llegó a postularla a un cargo de elección popular. Entusiasmada, la doña dejó al cuidado de sus pe-



© Joel Rea



queñines a una indígena que se trajo de Oaxaca, quien todo lo comía con cuchara sopera, que muy de vez en cuando se escarmenaba la larga trenza y que estaba acostumbrada a trajinar 18 horas diarias. Petra, así se llamaba, tenía poco menos de cuarenta años y poco más de doce dientes. Desde que llegó a la ciudad se maravilló ante el agua corriente, en especial la del retrete, así como de la lavadora y el microondas que nunca tocó. Amparo le compró coloridos uniformes que le daban un aspecto de monosabio y la llevó a que viera, en éxtasis, los anaqueles del supermercado mientras la hacía empujar el carrito y cargar las mercancías pesadas.

Petra, sin proponérselo, precipitó un terrible desenlace en la casa de los Cruz. Cierta día, en efecto, se hallaba tatemando una tortilla en el quemador de la estufa cuando su patrona, desde la cama donde zapeaba en la tele el canal del Congreso y un *reality show* [géneros cercanos, ciertos es], conminó a la criada a que bajara las escaleras del edificio a levantar la cartera que se le acababa de caer a un viejito medio cegatón. Entretanto, la tostada, en flamas, entró en contacto con una jerga empapada de un producto tóxico, pero barato, que la señora de la casa adquiría por galones para que su sirvienta limpiara. El fuego se propagó pronto a las conexiones eléctricas hechizas y llegó a la botella de tequila adulterado que Amparo estaba tomando. Casi de inmediato empezó a quemarse el colchón chino adquirido sin factura así como la ropa de licra del tianguis. Amparo en cuestión de segundos se volvió una antorcha humana que los heroicos bomberos, que llegaron tarde a causa de una manifestación de 23 personas, extinguieron dificultosamente con el chisguete que suministraba la bomba de agua adquirida en una adjudicación directa. Cuando, después de sortear otros dos bloqueos de vecinos indignados o de gente acarreada, la ambulancia llegó finalmente al área de urgencias del hospital más cercano, la

mayoría del personal “estaba en su media hora”, es decir, comiendo tacos grasientos a las puertas del nosocomio [con esta palabreja se evita la repetición]. La única que se acomodó fue una paramédica que, siendo secretaria bilingüe, había comprado su plaza por 25 mil pesos y cuyo conocimiento del cuerpo humano se limitaba a los labios y al pene de su pareja.

Inocencio también tardó en llegar al hospital ya que, por disposición oficial, su automóvil no circulaba ese día, aunque no contaminara, y estuviera impecablemente afinado y se había visto obligado a tomar tres autobuses atestados cuyos escapes habrían podido rivalizar con las chimeneas de Auschwitz. Cuando finalmente emergió del almacén fajándose los pantalones, el doctor Mota, graduado en la misma universidad que Amparo, ordenó que le aplicaran, primero, compresas con aceite vegetal, lo que aceleró la cocción, y, luego, de agua fría que convirtió en llagas supurantes las quemaduras. Hubo que declarar la muerte de la occisa —así dijo— y requisitar el acta de defunción, en la que el doctor Mota consignó: “percance ígneo”.

Los peritos llegaron con tres horas de retraso, tomaron fotografías, contaminaron con su ADN el cadáver de la fallecida, la cual, ya para entonces, tenía coloraciones y aroma de pollo rostizado, concluyeron que Inocencio y Petra eran amasios —así dijeron— y consignaron a los dos como presuntos asesinos. Ambos lograron demostrar su inocencia [valga la cuasi redundancia]: esta golondrina sí hizo verano, o tal vez todo se debió a rencillas pecuniarias entre la difunta y el juez encargado del caso. Petra regresó al metate en su municipio de origen e Inocencio quedó desempleado a causa del escándalo. Con el tiempo, Lucrecia y Atila —que ahora eran adolescentes— se adaptaron, no sin esfuerzos, al civismo de su padre. Ello reforzó en él el convencimiento de vivir, a pesar de los pesares, en el mejor país posible. **u**